

Reportaje

Retos para la espiritualidad camiliana en el mundo de la salud

José Carlos Bermejo (ponencia adaptada por la redacción)

No puedo no empezar una reflexión sobre la espiritualidad camiliana si no es con la potente frase de la Constitución de nuestra Orden, que dice: “En esta presencia de Cristo en los enfermos y en quien les presta servicio en su nombre, nosotros encontramos la fuente de nuestra espiritualidad” (C 13). Sería suficiente, a mi juicio, darse cuenta de que el menú está servido de manera abundante, reflexionar sobre él y digerirlo. Como sabemos bien, la espiritualidad camiliana es una espiritualidad apostólica. Cuando el apostolado es ejercido como acto de caridad, contribuye eficazmente a la perfección personal del apóstol, contribuyendo al crecimiento de su vida espiritual. Para desarrollar el tema de los retos para la espiritualidad camiliana, partiré de la necesidad que yo percibo de ir al médico, dado que la salud –también la salud espiritual- es nuestro centro de atención y es siempre una conquista.

Ir al médico de familia. El reto de redescubrir el concepto de espiritualidad

Imagino que si viniera una persona representante de nuestra Iglesia o de nuestra Orden, una autoridad, enviada para preguntarnos cómo va nuestra vida espiritual, la respuesta de algunos de nosotros sería... “rezo de esta o de aquella manera, voy al templo con tal o cuál frecuencia...” etc. Mas difícilmente la respuesta iría por el camino que habría tomado Camilo: “el enfermo es cada vez más mi señor”, “estoy buscando a los más pobres, preguntándome si tengo todavía que buscar a los más necesitados”, “el olor del hospital me evoca cada vez más mi verdadero jardín”, “me pregunto si estoy en el lugar indicado o tengo que ir más a la periferia...”

En efecto, tengo la sospecha de que muchas personas pueden correr todavía el riesgo de reducir la dimensión espiritual a la religiosa y ésta, a su vez, a las prácticas de piedad o ritos. Si fuéramos al médico de familia, nos podría ayudar a comprender bien este punto de partida nuestro. La espiritualidad penetra todas las dimensiones de la persona. Tiene que ver con su identidad, sus valores, lo que da significado, esperanza, confianza y dignidad a su existencia y se explicita en la relación consigo mismo, con el prójimo y con cuanto trasciende la naturaleza humana.

“Ir al nutricionista para controlar la hidratación”. El reto de cultivar la sed y la pasión en el apostolado

La espiritualidad tiene mucho que ver con la sed. La vida espiritual es la vida de la búsqueda, del deseo, de la necesidad de plenitud... Quizás por eso en la Biblia se usa la metáfora de las fuentes de agua viva... La cruz fue central en la espiritualidad de Camilo; y sobre la cruz, Jesús gritó: “tengo sed” (Juan 19,28). Resuenan las palabras de los salmos: “Tú, Señor, eres mi Dios y yo te busco. De ti tiene sed mi alma, te deseo con todo el corazón. Soy tierra desierta, sin agua, árida” (Sal 63). Y también este otro: “Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío. Tiene sed de ti, del Dios vivo. ¿Cuándo veré el rostro de Dios?” (Sal 42).

¿Qué diría nuestro nutriólogo? ¿Encontraría nuestro deseo de agua o nos encontraría hiperhidratados, llenos y saturados de líquidos mundanos potencialmente generadores de confusión mental? Temo que hemos aprendido a vivir sin pasión, saturados por distractores que nos tragamos. ¡Cuánto me gustaría sentir entre nosotros sed de pasión, en lugar de acomodación a un mundo burgués!

“Ir al oculista” para ver bien. El reto de cultivar la dimensión trascendente

Superada la tentación de pensar en la dimensión espiritual reduciéndola a la religiosa y cultivada sólo en la liturgia del templo, podríamos descubrir que el modo de alimentar la dimensión trascendente es mucho más rico que cuanto pudiera parecer. Quizás yendo al oculista podríamos descubrir lo que Wilber ha llamado los tres tipos de ojos para subrayar la importancia del ojo del espíritu: el de la cara, que nos permite ver; el de la mente que nos permite entender; y el del espíritu, que nos permite comprender la interioridad de las personas, percibir la justicia, el modo como una persona ama, la compasión que otro experimenta... Si la relación personal con el Señor llevaba a Camilo a ver a Cristo en el enfermo, el encuentro con Cristo a través del servicio al enfermo, se convertía en estímulo para buscar mayormente al Señor en la oración. Es una verdadera dimensión mística del servicio a los enfermos que hace transformar el hospital en su viña, en su jardín, en su nido.

“Ir al inmunólogo”. El reto de considerarse indignos servidores

Después del examen del oculista, nos haría bien una visita al inmunólogo para verificar si tenemos el virus de la solidaridad o el de la inmunodeficiencia espiritual adquirida a base de la rutina que podría llevarnos, ocupados como estamos, a no ver ya necesitados en nuestros caminos vitales, justificando nuestro pasar de largo con razones... de diferente tipo... La tentación de indiferencia justificada es muy fuerte. Camilo, como seguramente también nosotros, era un indigno modelo ético de conducta si miramos su historia, su pasado. Se convirtió en un sanador herido, un pecador claramente convertido. No dudaba en pedir perdón a los enfermos mientras les daba de comer, y consideraba que de ellos venía la salvación. Deberíamos, por tanto, estar siempre en camino hacia la autenticidad, hacia la purificación. Identificar nuestras debilidades y transformarlas en recursos de misericordia, será un buen camino espiritual, ayudados por el médico que nos permita identificar los virus adquiridos.

“Ir al psiquiatra”. El reto de cultivar un pensamiento “único y unificado”

La presencia del Señor en el enfermo es la fuente de nuestra espiritualidad. Una espiritualidad claramente encarnada que Camilo expresa de manera más que provocadora: “Esto, hermano mío, es el reino de los cielos en la tierra, es el paraíso delicioso en el que podemos gozar en nuestra vida, y esto es el tesoro escondido a los ojos del mundo en la herencia del Evangelio, para el cual el sabio mercante dio todo su haber para hacerlo suyo”. Camilo parece un obsesionado por la contemplación del Señor en el rostro del enfermo, pero no teóricamente, sino efectivamente. Se diría que tenía sanas alucinaciones que tendríamos que tener también nosotros, para madurar nuestra vida espiritual. El psiquiatra debería ayudarnos a cultivar estos pensamientos “raros”, indicadores de una buena salud espiritual.

Ir con el cardiólogo. El reto de desarrollar la capacidad espiritual

Una de las frases más repetidas por Camilo, que se convierte siempre en una provocación, es aquella con la que exhortaba a los suyos a “poner más corazón en las manos”. Es el reto de explorar el significado que pueda tener esto para los tiempos que corren para que no sea sólo una hermosa frase y para que nuestra atención no se quede en el corazón de carne o la reliquia. Yendo al cardiólogo, podríamos examinar las razones y modalidades de nuestro palpar. Benedicto XVI, en la “Deus Caritas Est” nos ha interpelado sobre la necesidad de promover la “formación del corazón” para que la relación con las personas que sufren esté caracterizada por la inteligencia del corazón, en sintonía con las múltiples acepciones que la palabra “corazón” tiene en la Biblia. Hablar de Camilo es hablar de inteligencia espiritual. El cardiólogo podría ayudarnos a explorar esta dimensión.

“Ir al médico legal”. El reto de afianzar nuestra la identidad

Poco antes de morir, Camilo, en su carta testamento, dictó lúcidamente un pensamiento: “La gran providencia del Señor, no sin causa y misterio, ha querido que tengamos este nombre de ministros de los enfermos, que comprende todos los padres y los hermanos y el instituto es común... No hay que mirar si los otros institutos de la Iglesia de Dios no caminan en esta línea, porque su instituto no es común como el nuestro”. El médico legal podría ayudarnos a redefinir nuestra naturaleza e identidad ayudándonos a parar dinamismos equivocados. Esto vale también para los laicos, “tentados” por deseo de clericalización.

“Ir al traumatólogo”. El reto de desarrollar la liturgia del encuentro y del servicio

Una visita al traumatólogo podría ayudarnos a examinar qué tipo de fractura nos puede distraer de nuestro reto de centrarnos en la liturgia del encuentro con el enfermo. La liturgia de Camilo es “original”; es preciso ponerse los ornamentos sagrados: un vestido pesado, adornado con los dos famosos orinales; llevaba asimismo tres frasquitos atados a la cintura, uno con agua bendita, otro de vinagre y un tercero de agua hervida para refrescarles la boca; y asimismo una “escudilla de cobre donde pudieran escupir cómodamente”; y a la vez un par de “cazuelas de estaño para hacer las sopas” a los más debilitados; naturalmente habría que añadir el crucifijo y el libro de los moribundos. Así pues, puede comenzar el rito. Camilo ante los enfermos está habitualmente de rodillas, con la cabeza descubierta; él usa los apelativos adecuados y justos: “Dueños y señores”; no falta el acto penitencial. Muchas veces, mientras atiende a un enfermo le oye confesar sus propios pecados; se le presenta la ocasión única, en esta tierra, de pedir perdón de las propias culpas directamente al Señor que se halla acostado en aquel miserable jergón.

“Ir al sexólogo”. El reto de asumir un estilo de servicio femenino-materno

Este es uno de los retos más claros de la espiritualidad camiliana: convertirse en mujer, madre: asumir y explicitar las características propias de una madre. Siguiendo el ejemplo del Fundador, cada uno de nosotros se empeña en el ministerio para con los enfermos “con toda diligencia y caridad y con aquel afecto que suele tener una madre amorosa con su único hijo enfermo, según lo que el Espíritu Santo le enseñará”. En efecto, Camilo, un hombre rudo, se hizo tierno. La ternura materna es uno de los frutos de la experiencia de Dios, contemplado en su rostro misericordioso. Tendremos siempre el reto de hacer que la

caridad no sea fría, ácida, burocrática, sino familiar, emotiva, auténtica. El reto nos lo presenta el papa Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*: "... el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. ... El Hijo de Dios en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura" (88). Y en el número 288 precisa: "Hay un estilo mariano en la actividad evangelizadora... Porque cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño. En ella vemos que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, que no necesitan maltratar a otros para sentirse importantes".

Yendo al médico Jesús, **la vida del espíritu encontrará su salud**. Este será siempre un reto: peregrinar hacia Jesús y Camilo, es un modo concreto de vivir la vida cristiana.